

México,

o la revolución agotada

TRES REVOLUCIONES
LATINOAMERICANAS

ALEJANDRO MANEGT

Crítico chileno

El lastre histórico

De todos los "reinos" de Indias, México había sido el más rico y adelantado. Hacia el final de la dominación española, su comercio de exportación (incluido el de la Capitanía General de Guatemala, que no era mucho) representaba el 46% del total de la América hispana y las rentas públicas del virreinato un poco más de la mitad de las producidas por todas las Indias. La población de México, sin embargo, no representaba más que una tercera parte de la Hispanoamericana.

El barón de Humboldt, que tenía un gusto muy moderado por las estadísticas, anotaba que en Ciudad de México se consumía más carne y apenas menos pan, per cápita, que en París por la misma época. Y afirmaba sin reservas: "No hay ninguna ciudad del nuevo continente, sin exceptuar las de Estados Unidos, que presente establecimientos científicos tan grandes y sólidos como la capital de México".

Unos decenios de anarquía y mal gobierno subsiguiente a la Independencia llevaron a México a la pérdida de casi la tercera parte de su territorio y a un desmejoramiento neto de su situación interna. Hacia 1835, un ejército de 5.000 soldados y 18.000 oficiales (no se han trastocado las cifras) absorbía, por lo menos teóricamente, todos los ingresos del presupuesto. Los "bienes de manos muertas" o latifundios eclesiásticos, que venían creciendo desde la época colonial, ocupaban ya las cuatro quintas partes de la superficie agrícola del país.

El régimen retrógrado y corrompido del general Antonio López de Santa Anna se derrumbó en 1855 y se inició la era de la "Reforma" liberal bajo la dirección o la inspiración de Benito Juárez y la Constitución de 1857. Juárez liquidó el latifundismo eclesiástico y tomó diversas medidas contra la Iglesia. Pero la ley que atacó el problema de los bienes de manos muertas no solucionó, ni mucho menos, el del latifundismo y de la situación de las masas indígenas campesinas. Las tierras de la Iglesia se repartieron, simplemente, entre generales, políticos y hacendados que ampliaron sus propiedades y su poder. Por otro lado, las luchas entre liberales y conservadores se enconaron, estalló la guerra civil (1858-60) y, finalmente, se produjo la intervención francesa como

nuevo acto de un largo conflicto interno mexicano.

La era de Benito Juárez y de la Reforma apenas sobrevivió al triunfo sobre los franceses y conservadores. Terminó a manos del general victorioso en la guerra y, con el lema de "sufragio efectivo, no reelección", don Porfirio Díaz se instaló en el poder en 1876. Permanecería en él durante 35 años, hasta ser derribado por un movimiento que, iniciado burguesamente, también con la divisa de "sufragio efectivo, no reelección", se transformaría en una sangrienta y caótica revolución. La historia mexicana está llena de estas irónicas coincidencias que son, más bien, verdaderas "constantes".

En 1894, por primera vez en la historia de la República mexicana, el presupuesto fiscal quedó realmente financiado. Porfirio Díaz pudo exhibir ese éxito como consecuencia de un aforismo favorito de "más administración, menos política", pero, en el hecho, esa administración estaba guiada por una política oligárquica, y muy poco progresiva, a pesar del liberalismo "científico" de que hacían gala sus más conspicuos dirigentes.

Ese espíritu científico no había impedido, sin embargo, que se construyeran escuelas sólo en las ciudades, para que pudiera matricularse sólo uno de cada seis niños en edad escolar. De este modo, al celebrarse el centenario del primer movimiento de independencia en México, el censo de 1910 reveló que sólo el 22% de la población sabía leer y escribir. La incipiente clase media crecía con mucha lentitud y dificultad, comprimida entre un reducido grupo de señores feudales y una inmensa masa de indios y mestizos campesinos (el 80% de la población total), que vivían como en la época de la Colonia, o peor.

Latifundismo monstruoso

Elemento determinante de la política oligárquica del "porfiriato" fue la que se siguió en materia agraria.

Ya se ha visto cómo las leyes de la "Reforma" liquidaron el latifundismo religioso, pero no el latifundismo. La ley de colonización dictada en 1883 y una ley sobre ocupación y enajenación de terrenos baldíos, once años más tarde, vinieron a agravar terriblemente el problema. Esas leyes otorgaban tierras gratuitas o a bajo precio a las

compañías que deslindaran terrenos y los abrieran a la colonización. Sus disposiciones, aplicadas por un gobierno de criterio oligárquico y que utilizaba la corrupción como instrumento o la padecía como regla, condujeron a abusos casi increíbles.

Fue así como, entre 1881 y 1889, compañías deslindadoras formadas por 29 personas se adjudicaron gratuitamente o adquirieron a vil precio un total de 27,500.000 hás., que representaban más del 13% de la superficie total de la República mexicana. Las compañías pudieron actuar hasta 1906 y para entonces el número de sus socios había aumentado a 50. Uno de ellos adquirió en el Estado de Chihuahua siete millones de hectáreas, superficie mayor que la de Bélgica y Holanda juntas. Otros ocho socios llegaron a ser dueños de 22,500.000 hás., con lo que sus latifundios eran más extensos que El Salvador, Costa Rica, Panamá y Haití juntos.

Las compañías deslindadoras reclamaron en total 49,000.000 de hás., la cuarta parte del territorio de México, el tercer país en extensión de América Latina (después de Brasil y la Argentina). Como no había realmente tantas tierras baldías, la ley sirvió de pretexto para despojar a los indios que habían logrado conservar sus propiedades desde la Colonia. Unas 5.000 aldeas fueron despojadas de sus ejidos o tierras comunales y muchos pequeños propietarios, que sólo podían invocar su posesión secular, fueron también expropiados. En 1895, cuando ese proceso estaba en pleno desarrollo, un jurista escribía que las víctimas de ese robo colosal eran "los miserables, los ignorantes, los débiles... los que no pueden llamar compare a un juez de distrito, a un gobernador ni a un ministro de Estado".

El Censo de 1910 dejó testimonio de que el 96,9% de los jefes de familias campesinas no tenían tierras y que, en cambio, unos 830 hacendados controlaban la mayor parte de los mejores campos de México. El 1% de la población disponía del 96% de las tierras.

Esas haciendas enormes dominaban de hecho a pueblos enteros que quedaban dentro de sus límites. Sus peones, permanentemente endeudados, eran semi-esclavos. Su baja productividad hacía que a menudo las cosechas no alcanzaran a abastecer el consumo nacional. Entre 1903 y 1912 México debió gastar 121 millones de pesos en importar maíz. Las malas cosechas de 1909 aumentaron la pobreza y el malestar de la masa campesina.

Desvirtuación del Ejército

Uno de los instrumentos de que se valió Porfirio Díaz para imponer su voluntad fue el Ejército. La conscripción se usó arbitrariamente como medio de controlar al pueblo por un terror mitigado: el de ser llamado a las filas. Allí el tratamiento era, de

ordinario, pésimo, porque los jefes de regimientos tenían carta blanca para disponer de los fondos asignados al mantenimiento y pertrecho de la tropa. Pero si los oficiales podían disfrutar de buena vida, estaban sujetos a vigilancia y a continuos cambios de guarnición para impedir que consolidaran su ascendiente sobre las unidades que comandaban. Este sistema le sirvió bastante bien al general Díaz durante 35 años para evitar las clásicas sublevaciones militares, pero disminuyó también la disciplina y eficacia del Ejército. Este falló cuando el Presidente, ya envejecido, tuvo que hacer frente a una arremetida revolucionaria distinta a las del siglo XIX.

Con todo, es muy dudoso que, aun con un ejército mejor, el porfiriato hubiese logrado mantenerse. Había dejado de ser un régimen orgánico, representativo de las fuerzas reales del país y capaz de hacer frente a la crisis profunda creada por su misma política retrógrada. Lo grave es que la misma desorganización social en que se basaba podía conducir a una revolución, como efectivamente sucedió.

Insurrección caótica

"Nadie parte para la Guerra de Cien Años" ha escrito Ortega y Gasset y ese pensamiento se aplica perfectamente a los que, sin quererlo ni soñarlo, desencadenaron la más sangrienta revolución latinoamericana. Los veinte años de lucha —guerra civil, guerrillas, "jacquerie" y bandidaje— que se iniciaron con el alzamiento de don José I. Madero en 1910, dejaron un millón de cadáveres (según otros 1,200.000) en un país que, al comenzar esa tragedia tenía poco más de 15 millones de habitantes. Esto significa que la revolución mexicana fue más sangrienta que la Independencia de la América Española entera, un siglo antes.

La agitación agraria había cundido por el vasto territorio mexicano. Comenzaron a surgir, como por concierto previo, agitadores y jefes campesinos que pedían, más o menos expresamente, lo que Emiliano Zapata, uno de los primeros, había exigido: "Tierra y Libertad". La revolución mexicana fue, inicial y fundamentalmente, una revolución agraria a cuyo frente se insertó una minoría de intelectuales de clase media que le dio una expresión ideológica positiva, anticlerical y luego confusamente socialista. (Hay que recordar que la revolución mexicana llevaba varios años de caótico desarrollo cuando, a fines de 1917, Lenin surgió al primer plano de la política y de la historia mundial).

Madero era un burgués liberal bien intencionado que cayó, seguramente, bajo las balas de sus asesinos sin haber comprendido la trascendencia real de la subversión que había desencadenado. El primer Presidente de la revolución mexicana fue derribado por

la reacción de los militares del antiguo régimen, dirigidos por el general Victoriano Huerta. Intervino luego el gobierno de Washington, quien exigió la salida de Huerta: uno de los más patentes casos de intervención que registra la historia del continente. Por orden de Wilson, los "marines" terminaron desembarcando en Veracruz. Pocas semanas después, el jefe del Ejército constitucional, Venustiano Carranza, apoyado por Alvaro Obregón, uno de los generales improvisados por la revolución, se hizo cargo de la presidencia (Julio de 1914).

Queriendo "institucionalizar" la revolución —que según él ya había terminado—, Carranza convocó para Diciembre de 1916 una Asamblea Constituyente, cuyos miembros, de acuerdo con la mejor tradición porfirista, fueron elegidos por el propio gobierno. Esa asamblea redactó la Constitución de 1917, Carta Magna de la Revolución mexicana.

Dicho documento consagró el sentido agrarista y socialista de la revolución, a la vez que con sus medidas contra la Iglesia católica dio satisfacción a la ideología de la "inteligencia" revolucionaria, que además temía las posibilidades de una reacción de la derecha aliada a la Iglesia.

Pero las revoluciones nunca han sido detenidas por simples constituciones y Carranza fue derrocado por Obregón.

De las llamas a las brasas

Seis años de revolución agraria (desde la ascensión de Carranza hasta el gobierno provisional de Adolfo de la Huerta) significaron la entrega de sólo 224.400 hectáreas a 59.848 jefes de familias campesinas. No era precisamente un éxito. La revolución había roto el marco de la aristocracia terrateniente y el ejército del porfiriato, pero para reemplazarlos por una oleada de nuevos generales y políticos naturalmente más ávidos que los que antes habían heredado su lugar en las estructuras coloniales.

El general Obregón, que inevitablemente fue hecho Presidente en 1920 e inauguró esta segunda etapa de la revolución, le diría burlescamente a Blasco Ibáñez que, por lo mismo que era manco resultaba un mandatario mejor que los demás: podía robar sólo con una mano. Y sobre la base de su experiencia militar revolucionaria estaba en situación de asegurarle al escritor español: "No conozco a ningún general capaz de resistir un cañonazo de un millón de pesos".

No los había y los civiles no eran más resistentes. La revolución pareció irse a pique en medio de la corrupción y el establecimiento de un nuevo feudalismo, cuyos barones eran los "generales" que hacían la ley en cada uno de los Estados de la República federal y toda la jerarquía de "jefes" que dependían de ellos. Hasta un inicio de organización sindical, la de la Confederación Re-

gional Obrera Mexicana (CROM), dirigida por Luis Morones, sirvió para ampliar el campo del feudalismo revolucionario. Cada uno de estos nuevos caudillos tenía su propia guardia pretoriana y algunos, como Tomás Garrido Canabal, gobernador de Tabasco durante once años, parecen ahora personajes increíbles.

En el hecho, la Revolución había encaramado en el poder a una camarilla de políticos audaces que, sobre las ruinas de la aristocracia de terratenientes del porfiriato, se enriquecía sin vergüenza ni pérdida de tiempo, incluso mediante la explotación de los garitos de juego y la explotación de los humildes por cuyos derechos se había desencadenado la revolución. Políticamente, el régimen revolucionario se había convertido en una tiranía que aplastaba sin misericordia toda oposición. Su aspecto más odioso era la persecución desencadenada contra la Iglesia católica, en nombre de un ateísmo más bien grotesco y a pesar del sentimiento religioso de la gran mayoría de la población.

El general Cárdenas

En 1936 el general Lázaro Cárdenas logró deshacerse de Calles y su pandilla y lo expidió en avión a EE.UU. Y la revolución se puso de nuevo en marcha. En veinte años, una revolución cuyo lema había sido "Tierra y Libertad" y que había costado más de un millón de muertos, había servido para repartir 10,600.000 hectáreas a 940.000 campesinos. En el hecho, el sistema latifundista apenas había sido tocado, pero la ineficiencia de los nuevos propietarios, la falta de las medidas necesarias para complementar la mera distribución de la tierra y las condiciones generales de inseguridad en los campos habían causado una caída tremenda en la producción. En 1935, con un 31% más de habitantes que en 1907, México produjo un 40% menos de frejoles. La cosecha de maíz de 1937 fue un tercio de la de treinta años antes. Era evidente que la gran masa de la población, que seguía siendo campesina, vivía materialmente peor que en tiempos de Porfirio Díaz y, posiblemente, no tenía más libertad.

Pero Cárdenas supo movilizar al pueblo mexicano. Su táctica de tomar contacto directo con el campesino hasta de los más apartados rincones, junto con el decidido impulso a la repartición de tierras, explican la popularidad de que ha gozado durante más de dos decenios. En los seis años de su gobierno se distribuyeron 20 millones de hectáreas a 774.000 jefes de familias campesinas y, conforme a un Plan Sexenal, se comenzaron a aplicar medidas más o menos coordinadas para el desarrollo de la economía, especialmente de la agraria.

Por otro lado, al nacionalizar en 1938 las compañías petroleras, Cárdenas movilizó también el nacionalismo mexicano, resentido con-

tra Estados Unidos, y eliminó efectivamente un foco de acción imperialista. Le tomaría, sí, ocho años a Pemex (la empresa petrolera estatal) recuperar el nivel de producción anterior a la nacionalización.

Aunque las leyes antirreligiosas se mantuvieron en vigencia y la educación pública mantuvo su orientación sectaria, se llegó a un *modus vivendi* de hecho aceptable para la Iglesia Católica, sobre todo con relación al anterior estado de cosas.

La revolución institucionalizada

En 1928, Calles había fundado el Partido Nacional Revolucionario, como Díaz organizara su Unión Liberal, 36 años antes. Cárdenas, al desplazar a Calles y su camarilla, tomó el control de esa máquina política y la perfeccionó, en forma de hacer que se integraran en ella todas las fuerzas que respaldaban a la Revolución: sindicatos, campesinos militares y los diversos elementos que normalmente forman un partido político democrático. Así se formó el Partido Revolucionario Mexicano.

Pero dentro del PRM la pugna se produjo pronto entre las organizaciones obreras dirigidas por Lombardo Toledano y las milicias uniformadas que se estaban formando y cuyo número superaba al del ejército regular. Los campesinos y los funcionarios respaldaban a los obreros y Cárdenas movía todos los hilos. Su objetivo era liquidar la influencia de los (relativamente) viejos generales del Ejército Constitucional, oriundos de los Estados del Norte, y convertir al Partido único de la Revolución en una fuerza civil cuyo control perteneciera sin contrapeso al Ejecutivo. En 1938 Cárdenas tenía prácticamente ganada la lucha. Su victoria se confirmó cuando su candidato, o sea, el del Partido Revolucionario Institucional (PRI), general Manuel Avila Camacho, derrotó fácilmente al general Almazán en las elecciones presidenciales de 1940. Curiosamente, Almazán, un general de la vieja guardia revolucionaria y el más alto oficial del ejército, fue el candidato no solo del ala derecha de la revolución sino de los que siempre la habían combatido.

Con el PRI, tal como él emergió después de la derrota de los generales norteros, Cárdenas, en realidad, institucionalizó la Revolución. Esto no significa, ni mucho menos, que la democratizó. Un norteamericano, en uno de los mejores libros que se han escrito sobre la Revolución Mexicana escribe: "El Presidente es el Gobierno, y toda discusión sobre la política mexicana debe partir de este hecho... El Presidente de México debe ser capaz de hacer todo lo que quiere o no será capaz de nada. Tiene todo el poder o ninguno, no hay término medio". El Presidente ejerce este poder a través del partido único, el PRI, que a poco de su fundación llegó a tener cuatro millones de afiliados y

que, desde su fundación, ha admitido una oposición sólo simbólica. En las elecciones presidenciales de 1952 el PRI obtuvo las tres cuartas partes de los votos. En las de 1958, cuando por primera vez votaron las mujeres, el candidato del PRI, Adolfo López Mateos, logró el 80% de los votos. El Partido de Acción Nacional (PAN) que hace desde la derecha una tenaz oposición, había esperado que el sufragio femenino le sería más favorable, dado que el PAN se proclama católico. Pero la máquina del PRI funcionó con su probada eficiencia.

Entre tanto, en México no hay propiamente un debate democrático abierto, sino que las luchas de tendencias siguen ventilándose —o, más bien, ahogándose— en el seno del partido único. Como es prácticamente imposible ingresar a la administración pública sin pertenecer al PRI, las medidas importantes de ese carácter también son de la competencia del Partido. Toda actividad pública en México resulta así oficialista... o resulta muy difícilmente.

A costa de los pobres

El problema está en que "un régimen político de esta naturaleza sólo se justifica si cumple con las finalidades para las que ha sido creado". ¿Cumple el régimen mexicano con las finalidades para las cuales lo creó la revolución iniciada hace medio siglo?

Las estadísticas oficiales muestran que la Revolución ha dado tierras a 2,700.000 familias campesinas y establecido 25.000 ejidos. Con el Presidente Miguel Alemán se paralizó casi el proceso de distribución de tierras y se observó, incluso, un movimiento inverso, de concentración de propiedades. Durante el gobierno de Ruiz Cortines el esfuerzo mayor se dirigió a aumentar la producción agrícola y los resultados han sido notables. Con el Presidente López Mateos, cuyo sexenio termina en 1964 cobró nuevo impulso la distribución de tierras y aún queda mucho por hacer en ese sentido.

Pero, sobre todo, queda un largo camino por recorrer para lograr la plena liberación del campesinado y de toda la masa del pueblo mexicano. Casi el 50% de la población es analfabeta. En 1950, la mitad de la población activa de México, que dependía de la agricultura, tuvo un ingreso per cápita equivalente al 35% del ingreso per cápita promedio de toda la población económicamente activa. El candidato presidencial del PAN, Efraín González Luna, denunciaba: "La situación de los campesinos es lacerante. Los asalariados viven miserablemente y otro tanto acontece con enorme número de ejidatarios. Estos se hallan sujetos a una oprobiosa servidumbre política; si no se someten a las consignas del gobierno y de su departamento de imposiciones que es el partido oficial, pierden la tierra que poseen en forma precaria. . . Los fines primarios de la Refor-

ma Agraria permanecen incumplidos... Necesitamos, pues, rescatar la vida rural de México de esa servidumbre en que vive, en que está sujeta, en que está esclavizada".

El Censo de 1950 mostró que el 60% de las casas de México eran chozas de una sola pieza, en la que tenía que vivir toda la familia (5 personas en promedio) y, a menudo, sus animales domésticos. Los dos tercios de las casas eran de adobe o zarzo y más del 80% no tenían agua potable.

Un estudio muestra que de 1939 a 1950, la participación de los asalariados en el total del ingreso nacional bajó del 30,5% a 23,8%. Otra investigación señala que de 1950 a 1957, el 20% de la población que tiene los ingresos más bajos vio reducirse sus entradas reales en un 23%, y el 10% que forma la capa inmediatamente superior las vio bajar en un 2,3%. Salvo un 2,4% de la población que forma el estrato de los más elevados ingresos, que sufrió una leve pérdida, fueron las clases media y alta las que se hicieron más ricas mientras los pobres se hicieron más pobres.

Es cierto que México ve crecer su población a un ritmo que es uno de los más rápidos del mundo y eso crea graves problemas, pero resulta evidente que el régimen actual ha dejado de ser revolucionario y se basa en estructuras injustas, que oprimen a la gran masa del pueblo en beneficio de las clases privilegiadas creadas por la revolución ya agotada. En su famoso libro "Children of Sánchez", escribe el sociólogo Oscar Lewis: "Con todos sus defectos y debilidades tan poco gloriosos, son los pobres quienes emergen como los verdaderos héroes del México contemporáneo, porque ellos están costearo el progreso industrial de la nación. Por cierto que la estabilidad política de México es un torvo testimonio de la gran capacidad para la miseria y el sufrimiento que tiene el mexicano común".

Quiebra moral

Si, como decía Anatole France, "no hay peor conservador que el revolucionario en el poder", hay que calcular una particular rigidez de las estructuras políticas mexicanas para adaptarse a los cambios acelerados que son necesarios al cabo de un tercio de siglo de "revolución institucional". El régimen del partido único, sin efectiva libertad de prensa y medios de expresión, con una oligarquía de nuevos ricos sólidamente aferrada al aparato del poder que la ha creado, puede resultar más reacto a un cambio profundo (y hacerlo en definitiva más violento) que un régimen cuyos patrones tradicionales no han sido alterados por ninguna revolución.

Precisamente porque sobrevive en México una mitología revolucionaria en un ambiente aburguesado y en un sistema político

sin consistencia ideológica, el marxismo y su variante castrista han estado penetrando con facilidad en los ambientes intelectuales y en los círculos dirigentes del proletariado urbano. El general Lázaro Cárdenas, que aún conserva parte de su inmenso prestigio ante las masas, parece haber sido mantenido bajo control por el aparato revolucionario que él institucionalizó hace treinta años. Sus intentos de crear un partido a la izquierda del PRI o dentro de éste se han estrellado con una resistencia oblicua y muy hábil. Resulta muy significativo que, por primera vez desde que en 1928 fue "elegido" gobernador de su Estado de Michoacán, Cárdenas haya tenido que ver que el gobierno imponía allí un candidato a ese cargo sin su aprobación.

México es un país donde la violencia está en el aire y en cuyos maizales puede surgir, de un día para otro, un volcán atronador y humeante como el Parícutín. En tal país y con un sistema político donde la autoridad del Presidente pesa tanto, bien podría ocurrir que surgiera un nuevo Cárdenas, capaz de dar nuevo impulso a la Revolución. Pero en más de un respecto, México se va acercando más a 1910 que a 1934, es decir, a un cambio de régimen.

Cuando el Licenciado Alemán gobernaba México y se trasladaba de un punto a otro para asistir a actos oficiales, los diarios comunicaban (según un chiste corriente) que después de la ceremonia, el Presidente se había retirado "a su rancho cercano". El país volvió entonces a presenciar las peores inmundicias administrativas. Uno de los más destacados intelectuales mexicanos escribió aún antes que eso ocurriera un breve ensayo que no parece haber perdido su validez ni su valor de advertencia:

"México viene padeciendo hace ya algunos años una crisis que se agrava día con día; pero como en los casos de enfermedad mortal en una familia, nadie habla del asunto, o lo hace con un optimismo trágicamente irreal. La crisis proviene de que las metas de la Revolución se han agotado, al grado de que el término mismo de revolución carece ya de sentido. Y, como de costumbre, todos los grupos políticos continúan obrando guiados por los fines más inmediatos, sin que a ninguno parezca importante el destino final del país".

Y afirmaba más adelante:

"Una general corrupción administrativa, ostentosa y agravante, cobijada siempre bajo un manto de impunidad al que sólo puede aspirar la más acrisolada virtud, ha dado al traste con todo el programa de la Revolución, con sus esfuerzos y sus conquistas... Ha sido la deshonestidad de los gobernantes revolucionarios, más que ninguna otra causa, la que ha tronchado la vida de la Revolución Mexicana".

Bolivia, o la revolución sin recursos

A diferencia de lo que ocurrió en México, la revolución boliviana se desencadenó por la acción deliberada de un comando central, que había elaborado un programa de cambios radicales y, llegado el momento de la insurrección, disponía de las fuerzas necesarias.

Ese comando central estaba formado sobre todo por intelectuales y profesionales de la clase media, que habían hecho sus primeras armas políticas en el periodismo (el diario "La tarde") y en el Congreso, en una época en que había libre debate en Bolivia. El MNR llegó a tener una organización partidaria en todo el país, prensa, cuadros dirigidos y una doctrina más o menos elaborada sobre la base de un marxismo bastante primario y mal digerido y de un nacionalismo con resabios fascistas.

En todo caso, nadie podía llamarse a engaño en Bolivia sobre lo que el MNR perseguía fundamentalmente: la nacionalización de las minas para destruir el Super-Estado minero y la reforma agraria para quebrar el poder de los latifundistas. Ambas fuerzas eran los pilares del orden establecido, que la revolución quería cambiar.

La nacionalización de las minas fue una aventura ruidosa y la reforma agraria, emprendida con recursos técnicos, humanos y financieros insuficientes fue un caso semejante, aunque menos dramático. En general, la ruptura del orden establecido repercutió en las minas, la agricultura, la educación, la industria, la administración fiscal etc., provocando un desorden e inseguridad inmensos. La incapacidad de muchos advenedizos, el desorden y la inflación se confabularon para estimular ciertas formas de corrupción administrativa y despilfarro de los escasos recursos disponibles. Uno de los peores despilfarros fue la creación de condiciones políticas que empujaron al exilio a centenares de los pocos técnicos y profesionales bolivianos, de cuyo trabajo el nuevo gobierno necesitaba urgentemente. "Esto es absurdo —se quejaba un ministro boliviano—. Estamos obligados a pedir ayuda internacional y contratar técnicos de las Naciones Unidas, mientras las Naciones Unidas contratan técnicos bolivianos . . ."

Por otro lado, el desorden, el fracaso económico, la pobreza de recursos de todo orden y los excesos de la represión —todos ellos factores interactuantes— que llevaron a la revo-

lución a depender de la ayuda norteamericana, le quitaron una cualidad valiosa que sólo pudo lucir en sus primeros meses: la de ser un modelo de exportación. La revolución boliviana dejó muy pronto de ser ejemplo inspirador para nadie y se convirtió en una especie de gris experimento local. La revolución mexicana, en los años 30 tuvo mucho más prestigio y ejerció más influencia.

La revolución mexicana partió sin programa definido y nunca llegó realmente a tenerlo. Se desencadenó como un movimiento para hacer respetar los derechos e intereses de la gran mayoría oprimida por una pequeña minoría que se perpetuaba indefinidamente en el poder. Para eso el gobierno debía asumir un papel más activo y más conforme con un espíritu nacional. Ese movimiento se cristalizó y triunfó con bastante rapidez precisamente por efecto de los extremos contrastes que configuraban la situación que él pretendía cambiar.

Si la revolución fracasó fue porque no había un grupo suficientemente numeroso de hombres con una doctrina y una ideología comunes y con ideas claras acerca de lo que era necesario hacer para llevarlas a la práctica. No hubo realmente un movimiento y mucho menos un partido de la Revolución, sino revolucionarios más o menos aislados y estos hombres no estuvieron a la altura de su misión. Supieron destruir pero fueron mucho menos capaces de crear para llenar los vacíos políticos y técnicos que causaron al triunfar en su arremetida. Luego, con el surgimiento de los más audaces o inescrupulosos se produjo la quiebra moral de la Revolución que tan severamente denunciaba Cosío Villegas.

El proceso de la revolución boliviana es sorprendentemente parecido en muchos aspectos.

El militarismo fracasado

En uno, sin embargo, es radicalmente distinto: la revolución boliviana la llevó a cabo un partido —el más organizado de Bolivia— conforme a una ideología y un programa bien concretos. Esa acción revolucionaria deliberada se insertó en una realidad dentro de la cual se presentaban contrastes y contradicciones tan violentos e irritantes como los que caracterizaban al México de Porfirio Díaz.

Bolivia tiene un punto esplendoroso en

su pasado. En el siglo XVIII, a los pies del Cerro Rico, Potosí, con 160.000 habitantes, fue una de las grandes ciudades del mundo Occidental. De esa fabulosa riqueza sólo quedaron los palacios de Potosí y de Chuquisaca, pero sobre los lomos de la población indígena, la pequeña minoría de blancos, españoles y criollos pudo seguir viviendo como señores feudales.

De los 3,000.000 de Km². que tenía Bolivia al comenzar su vida republicana, sólo le queda un tercio. Una serie de guerras y tratados desafortunados fueron desmembrando su territorio. Y este recuerdo —hecho subjetivo— es uno de los elementos más activos del nacionalismo boliviano y del sentimiento de frustración que domina en el inconsciente de las masas. La guerra del Chaco fue el último capítulo de esta lamentable historia.

Durante los veinte primeros años del siglo, bajo los gobiernos "liberales", el Ejército se había abstenido de aventuras políticas, convertido, de hecho, en guardián del orden establecido. En 1920 algunos jefes militares intervinieron para ayudar a derribar al Presidente Gutiérrez Guerra. Diez años más tarde, los militares se plegaron al movimiento civil contra el Presidente Siles y constituyeron una Junta de Transición hacia un gobierno elegido por el pueblo. A fines de 1934, ante la mala marcha de la guerra, los jefes militares depusieron al Presidente Salamanca en la operación llamada "el cerco de Villamontes". "Por fin les resulta una operación envolvente", dijo sarcásticamente a sus captores el mandatario.

Los militares entregaron el mando al Vice-Presidente Tejada Sorzano, pero estaban ya de hecho convertidos en el elemento principal del poder. Un golpe militar haría caer a Tejada Sorzano en Mayo de 1936. Luego caería el coronel David Toro, el coronel Germán Busch y el general Peñaranda (Diciembre de 1943).

Los mentores del golpe militar que derribó a Peñaranda eran los dirigentes del MNR: Movimiento Nacionalista Revolucionario.

En 1944, pues, el MNR tiene parte del poder en Bolivia y fracasa en su primer y tímido intento revolucionario. Porque en Julio de 1946 las turbas de La Paz asaltan el Palacio Quemado y cuelgan al Presidente, coronel Gualberto Villarroel, de un farol de la plaza que está en frente. Villarroel era así el octavo de los presidentes bolivianos asesinados durante el ejercicio de su cargo o poco después.

Víctor Paz Estenssoro, jefe del MNR, que fuera ministro de Villarroel, había alcanzado a ocultarse, pero desde su refugio podía oír a la muchedumbre que cantaba en las calles con la música de un guainito de moda esta canción improvisada: "Muerto el Movimiento — Muerto Villarroel — Al Paz Estenssoro

— Le espera el cordel". No es una experiencia que un caudillo revolucionario pueda olvidar fácilmente.

El "Mamertazo"

Los años que siguieron fueron de sangrienta lucha y en ella se forjó realmente la fuerza del MNR. En el gobierno de Villarroel había habido dos tendencias: "Fue un grupo militar el que efectuó el golpe y que, en demanda de una base civil de sustentación, se unió al Movimiento Nacionalista Revolucionario y tuvo también, si no la colaboración, la simpatía de la Falange Socialista Boliviana", escribe un catedrático boliviano. El mismo señala la influencia nazi en el grupo militar, cuyos miembros habían recibido su educación técnica en Alemania o Italia e indica que también se ejerció esa influencia sobre el MNR, como fue insistentemente denunciado en su época.

La derrota del nazismo en Europa tuvo que influir en la orientación del MNR y, en cambio, primó la influencia del marxismo que, a través del aprismo peruano especialmente, había sido la doctrina inspiradora de las nuevas generaciones de bolivianos que trataban de formarse una imagen crítica y coherente de la contradictoria realidad de su país. La inspiración marxista y el nacionalismo fueron los ingredientes ideológicos del MNR. Su mística y su organización como movimiento revolucionario se formaron bajo la sangrienta represión de los gobiernos subsiguientes a la caída de Villarroel. Los mineros del estaño, que eran el sector más combativo del proletariado boliviano, constituyeron la fuerza de choque del MNR, cuyos líderes principales habían tenido que emigrar, principalmente a Chile y la Argentina.

En 1949, asumía la primera magistratura el Vice-Presidente Mamerto Urriolagoitia quien, casi de inmediato, debió hacer frente a una huelga violenta de los mineros, provocada por el apresamiento y destierro de su líder, el senador electo Juan Lechín, uno de los jefes del MNR. La huelga fue reprimida a balazos por el Ejército. Tres meses después, el MNR se lanzó a una revuelta general pero con el firme apoyo del ejército, al cabo de unas semanas, el gobierno la dominó también. Sin embargo, el MNR no fue destruido, sino que se vigorizó en la persecución. Para las elecciones presidenciales y parlamentarias de Mayo de 1951, presentó la candidatura de su "jefe", Víctor Paz Estenssoro, quien triunfó con la más alta mayoría relativa.

En esas condiciones correspondía al Congreso elegir entre los candidatos que habían obtenido las tres primeras mayorías. Pero el Presidente Urriolagoitia cortó por lo sano y entregó el poder al Ejército para que "unidos todos y Dios mediante, se pueda preser-

var la democracia y el porvenir de las instituciones republicanas”.

Esta singular manera de preservar la democracia (el nuevo Jefe de Estado fue designado por una Orden del Día del Ejército) probó ser un tremendo error. Más tarde el propio Paz Estenssoro dijo claramente: “Visto en perspectiva histórica fue mejor que Urriolagoitia entregara el poder a la Junta Militar, porque un partido revolucionario debe llegar al poder destruyendo todo el aparato del viejo régimen”.

El MNR, al cual se le había cerrado el acceso legal y pacífico al poder, lo logró por la vía insurreccional contra un gobierno militar torpe y sin prestigio, mediante la sangrienta sublevación del 9 de Abril de 1952: la revuelta número 179 en la historia de Bolivia. Pero ésta no fue una revuelta más.

El super-estado minero

En las elecciones de 1951, sobre un total de unos 215.000 ciudadanos inscritos, votaron 126.000. En todo caso, 215.000 ciudadanos activos en un país de 3.200.000 habitantes parece demasiado poco. Esta escasa participación del pueblo en la generación del gobierno no era accidental sino el índice de las graves condiciones en que se desenvolvía la vida boliviana.

Dos hechos terriblemente negativos configuraban la realidad del país: la existencia efectiva del que el MNR llamaba “el Super-Estado Minero” y la servidumbre de la gran masa india bajo una estructura de tipo feudal.

De 1900 a 1929 Bolivia produjo estaño por valor de casi 1.800 millones de bolivianos. Aparte de los salarios bajísimos pagados a los obreros, de esa riqueza quedaron en el país sólo los derechos de exportación, que ascendieron a poco más de 104 millones de bolivianos. Considerando que el total de los presupuestos fiscales de ese lapso es de unos 676 millones resulta que la principal actividad económica del país financió nada más que el 15% de los gastos del gobierno. Por otro lado, las utilidades obtenidas por la minería del estaño sólo en ínfima parte se reinvirtieron en el país. Así llegó a ser en Bolivia un amargo lugar común que las grandes empresas mineras no habían dejado sino los socavones en los cerros y en los pulmones de los mineros. (Quizá el 60% de ellos enfermaba de tuberculosis y su promedio de vida era 35 años).

De las exportaciones de Bolivia, los minerales, constituían el 90 al 95% y el estaño era el más importante de ellos (el 70%). Ahora bien, el 80% de las exportaciones totales estaba controlado por sólo tres grandes compañías: la Patiño Mines Enterprise, la Compagnie Aramayo de Mines en Bolivia y la Mauricio Hochschild S.A. La sola empresa de Patiño producía tanto o casi tanto como las dos grandes juntas.

Ha habido en Bolivia la tendencia a culpar de los males del país, ante todo, a esos “barones del estaño”, pero es evidente que el poder de éstos logró constituirse y llegar a ser elefantíaco precisamente porque el país era política y económicamente débil. Bolivia estaba social y hasta geográficamente desintegrada y la anarquía y las dictaduras a veces bárbaras se alternaban con desoladora monotonía. Hasta la presidencia de Pando en 1899, ningún Presidente se había podido mantener en el poder sin tener que recurrir a las armas. En semejante país, las poderosas compañías mineras poseían una influencia sin contrapeso. Podían tener diarios propios, hacer elegir diputados, nombrar ministros, sobornar generales, derribar presidentes. Su propia policía era más eficiente que la del Estado.

El problema agrario

Según el censo de 1950 (el primero que se hizo en Bolivia después de medio siglo), sólo el 3% de la población activa trabajaba en la minería y producía así las divisas de que se alimentaba el comercio exterior del país. Eran esos mineros (unos 43.000) los que, concentrados en condiciones inhóspitas en unos pocos establecimientos, constituían el núcleo combativo del proletariado boliviano. Ya en 1923 habían recibido su bautismo de sangre en una huelga.

Los obreros de la industria —unos 110 mil— estaban concentrados prácticamente en La Paz, único centro manufacturero importante.

La agricultura, en cambio, daba trabajo a más de 950.000 hombres y mujeres, el 71% de la población activa de Bolivia. Aunque éste sea un país de grandes recursos naturales, con 3,5 habitantes por km²., siempre había debido importar alimentos en grandes cantidades. Corroída por los dos vicios extremos —y ordinariamente aparejados— del minifundismo y el latifundismo, la agricultura boliviana no producía lo necesario.

El minifundio era la forma corriente de propiedad en el Departamento de Cochabamba, donde, según los cálculos de Remo di Natale, unos 50.000 propietarios tenían alrededor de 200.000 parcelas de tierra, muchas de las cuales ni siquiera alcanzaban a una hectárea y resultaban absolutamente insuficientes para mantener a sus dueños.

Según el mismo Di Natale, que no se fía del Catastro Rústico elaborado en 1948, en el resto de Bolivia (fuera de Cochabamba), sobre una población rural de 2.550.000 personas no habían sino unos 50.000 propietarios agrícolas. Concluía que sólo el 10% de la población campesina disfrutaba de la propiedad privada de la tierra, pero esa propiedad se hallaba muy desigualmente repartida. En 1940, el Ministerio de Agricultura había revelado que se habían concedido casi 22 mi-

llones de hectáreas de tierras fiscales en siete Departamentos. Con posterioridad se otorgaron nuevas concesiones, como las anteriores, a muy pocas personas. En Julio de 1939, sólo ocho concesionarios eran dueños de la décima parte del territorio boliviano. Los hermanos Suárez, entre ellos, tenían 6,621.000 hectáreas en los Departamentos de Pando y el Beni.

Con el latifundio sobrevivían las formas de dependencia del indio respecto de sus amos blancos establecidas en la Colonia. Alrededor del 15% de la población podía estimarse blanca y, según una "boutade" famosa, no había en Bolivia un problema indio sino el constituido, precisamente, por esos blancos.

El indio había demostrado una extraordinaria paciencia o, más bien, una pasividad asombrosa, como si la larga servidumbre hubiese terminado por romper el resorte de la iniciativa y la rebeldía. En su "Pueblo enfermo", Alcides Arguedas, uno de los más destacados historiadores bolivianos —acremamente atacado, por los demás, por el MNR— había escrito duras palabras sobre el carácter de los indios y mestizos de su patria. En el hecho, no se podía contar con ellos para iniciar una acción revolucionaria sino considerarlos como una especie de masa de maniobra que podría movilizarse una vez desatada la acción por el proletariado minero en primer lugar y luego por los obreros de La Paz. A diferencia de lo que ocurrió en el caso mexicano, no fueron los campesinos sin tierra sino los obreros mineros y luego los de las fábricas de la capital el instrumento de la revolución, cuyo estado mayor estuvo constituido por intelectuales de la débil clase media boliviana.

Pobreza de elementos

Hacia 1950 se podía estimar que más del 80% de la población boliviana era analfabeta. Según datos de 1944 había matriculados sólo 76.000 alumnos en las escuelas primarias, sobre más de 600.000 en edad escolar. La educación secundaria no contaba sino con 5.500 inscritos. Evidentemente, la cultura, incluso la mínima, era el patrimonio de una ínfima minoría.

En Bolivia había siete Universidades, o sea, una en cada una de las capitales de los departamentos más importantes. Pero esas Universidades eran casi todas de un nivel técnico muy bajo, dedicadas, principalmente, a formar abogados mientras no había en un país como Bolivia ninguna buena escuela de ingeniería de minas. Los jóvenes bolivianos que podían hacerlo se iban a estudiar a las universidades de los países vecinos y muchos no regresaban nunca a su patria.

Por otro lado, la administración pública, y en especial sus servicios técnicos, estaban desquiciados por la inestabilidad política.

Un informe de las Naciones Unidas, anterior a la revolución de 1952, señalaba que en un lapso de 18 meses había habido 8 ministros de Hacienda y que en 4 años se habían sucedido 18 ministros del Trabajo. En sus primeros seis años de existencia, la Corporación Boliviana de Fomento, organismo cuyo papel directivo en la economía resultaba extremadamente importante, había cambiado cinco veces su Directorio completo.

La moral administrativa era tradicionalmente baja y no se consideraba socialmente reprochable que un funcionario lucrara con su cargo.

La revolución de Abril

Para un movimiento que había sufrido tan cruel persecución, su conducta inmediatamente después del triunfo pareció prometedora y generosa. Cambiando el lema de "Volveremos, venceremos, vengaremos" por el de "perdonaremos", Siles Zuazo, elegido Vice-Presidente en las anuladas elecciones de 1951, y jefe de la insurrección, hizo concebir muchas esperanzas en los sectores de clase media y alta que se oponían al MNR.

El propio Paz Estenssoro e incluso los mineros del estaño en la "Tesis de Pulacayo" cuya inspiración marxista es evidente, habían declarado que la revolución boliviana no podía ser sólo proletaria o, inmediatamente, socialista, quemando la etapa de una revolución democrática burguesa. Un gobierno boliviano no podía privarse del concurso técnico y del apoyo político de las reducidas clases cultas de Bolivia, para descansar sólo en el elemento proletario y campesino. Considerando las repercusiones y la posición internacionales de Bolivia, resultaba, además, inútilmente peligrosa la constitución de un Estado "socialista" (según la definición marxista) en América Latina. El del MNR se definió como un régimen de "liberación nacional" dentro del cual se producía la coincidencia de los intereses del proletariado, el campesinado y la clase media. La liberación debía entenderse con respecto al imperialismo extranjero, representado por las grandes compañías mineras, y al feudalismo latifundista. Para lograrla había que efectuar la nacionalización de las minas y la reforma agraria.

Gracias a su triunfo por la vía insurreccional, en lucha contra el ejército y el gobierno militar, el MNR estuvo en situación de liquidar rápidamente a aquél: "el ejército que ha ganado todas las revoluciones y perdido todas las guerras", según se decía sarcásticamente. En cambio, fueron organizadas las milicias obreras como fuerza armada de la Revolución. El gobierno pudo tener así la seguridad de que no tendría que enfrentar un contragolpe militar, pero se encontró casi absolutamente incapacitado para

garantizar la seguridad de bienes y personas en el país. Por otra parte, no habiendo Congreso ni organismos representativos, gracias a la anulación de las elecciones de 1951, el nuevo gobierno se encontraba legalmente en situación de ejercer su poder por simple decreto "con cargo de aprobación legislativa". Usó de esa facultad para reorganizar todo el aparato del Estado e incluso para dictar las dos medidas básicas de la Revolución: la nacionalización de las minas y la reforma agraria.

El 31 de Octubre de 1952, con una pluma de oro que le habían regalado los mineros, Paz Estenssoro firmó en Catavi el decreto de nacionalización de la gran minería boliviana, base del poder de la "Rosca". Todo el país estaba embanderado, pero el jefe de la Revolución sabía que, mediante la nacionalización, se iba a una catástrofe económica. El paso se dio por lo que se estimó una necesidad política. "No quiero que me cuelguen como a Villarreal" había dicho el Presidente a sus amigos para significar que el gobierno revolucionario no podía considerarse seguro mientras subsistiesen los "barones del estaño".

La maquinaria de las minas, sometida a intenso trabajo durante los años de la guerra, casi no había sido renovada; la expropiación y el control de las minas por comités de obreros armados, significó el éxodo de los técnicos extranjeros, que el gobierno no podía reemplazar por nacionales. Había una recesión en la economía mundial y el estaño era un metal definitivamente en crisis. Además, Bolivia, exportador de barilla de estaño y sin posibilidades, inmediatas al menos, de construir una refinería propia, tenía que seguir dependiendo de las establecidas en el extranjero y que pertenecían a las mismas empresas expropiadas, con las que hubo que llegar a un acuerdo compensatorio, que no parece haber sido muy desfavorable para sus dueños.

La entidad creada para administrar las minas nacionalizadas, Corporación Minera de Bolivia (COMIBOL), no tenía los medios ni la autoridad para llevar a cabo eficientemente su misión. La presión política y económica hizo subir en un 60% el número de obreros empleados en las minas, incluídas las milicias. A poco andar, las minas estaban produciendo a un costo superior al precio del estaño en el mercado mundial y la diferencia era cubierta por las emisiones de papel moneda. Según el balance de Diciembre de 1953, las pérdidas habían sido de más de 2.100 millones de bolivianos y crecían de día en día, irremisiblemente, a la vez que, pronto, la producción comenzó a bajar.

Con la reforma agraria ocurrió, al menos en lo inmediato, algo semejante. El indio, sometido a una servidumbre secular, carecía generalmente de las condiciones para actuar como empresario agrícola. El gobier-

no, por su parte, no tenía los medios suficientes para asesorarlo o educarlo previamente. Eran tan graves las deficiencias técnicas que, dictada la reforma agraria (2 de Agosto de 1953), llegó un momento en que se paralizó su aplicación porque ni siquiera había los técnicos suficientes para hacer la mensura de los predios. En el hecho, la reforma agraria se convirtió en una mera distribución de tierras, en la que a cada campesino, con el título de su propiedad se le entregaba un fusil para que la defendiera. Las milicias campesinas vinieron a hacer "pendant" con las obreras. La mayoría de los latifundistas había huído ya, si no del país, a las ciudades y las milicias vinieron a constituir elementos de una nueva feudalidad, cuyos barones eran los jefes o caciques del MNR, cuyo dominio, por lo mismo que más reciente, resultó menos pacífico que el de los anteriores. Hasta el día de hoy, el gobierno no ha podido o no ha querido dominar a algunos de esos nuevos caciques. Sólo después de una larga lucha, en Septiembre de 1963, logró eliminar de las minas a los dirigentes (al parecer, comunistas) enquistados en los poderosos "controles obreros". Sólo después de esta victoria puede ir pensando el gobierno en reducir el número de trabajadores y cumplir con los requisitos de racionalización de la explotación minera que se le han exigido como condición para el otorgamiento de la indispensable ayuda económica internacional, necesitada con desesperación.

Surgido como movimiento antiimperialista y antinorteamericano, el MNR se encontró, a poco andar en el gobierno, ante la dura necesidad de depender de la entrega de excedentes alimenticios norteamericanos como único medio para impedir el hambre. La falta de divisas para seguir importando alimentos como en el pasado y la baja en la producción agrícola como efecto inmediato de la reforma agraria, crearon esa necesidad. Se hizo, además, indispensable una ayuda directa en dólares para impedir el desfondamiento económico de la nación. Estados Unidos ha estado financiando la revolución boliviana a razón de 20 a 25 millones de dólares anuales en ayuda directa desde 1953. De los 6.195 millones proporcionados a América Latina en ayuda económica desde 1945 hasta 1962, 255 millones han beneficiado a Bolivia. Proporcionalmente, sin embargo, ésta es una ayuda similar a la otorgada a Chile.

Balance

El Plan Nacional de Desarrollo Económico elaborado por el gobierno boliviano para la década 1962-71 parte de la melancólica comprobación que el producto bruto interno per cápita ha bajado de 122 dólares en 1952 a 99 en 1959 y ello se ha enmarcado en un proceso inflacionario que llevó al dólar de 130 bolivianos en 1950, a 11.885 en 1960.

Resulta así que la Revolución le ha costado a Bolivia más caro que la guerra del Chaco.

El país, que exportaba 27 dólares por habitante en 1951, exportaba apenas 16 en 1959. En esta disminución ha influido no sólo la baja del precio del estaño sino también el descenso en la producción. Bolivia se ha endeudado en el exterior hasta 200 millones de dólares y en el interior ha impuesto a todos sus habitantes el cupo forzoso de la inflación, que afecta más, precisamente, a los asalariados. El índice del costo de la vida pasó de 100 en 1950 a 11.081 en 1960, habiendo sido el aumento de 120% anual entre 1953 y 1957. Durante el decenio pasado, los déficits representaron en promedio el 30% de los gastos fiscales. En la actualidad, el sector público controla el 45% del producto bruto interno, como resultado de las socializaciones, pero el Estado se ha convertido en una palanca muy débil para impulsar el desarrollo económico y social del país y no puede tener ninguna eficacia sin el apoyo del crédito externo. No es un resultado halagüeño para una revolución nacionalista y, por eso mismo, se ha convertido en un fermento de descontento y división en el seno del MNR.

Por otro lado, al cabo de diez años de reforma agraria con medios absolutamente inapropiados, se han logrado ciertos resultados positivos. En un informe la CEPAL señala que dicha reforma "se encuentra consolidada y comienza a notarse su contribución al desarrollo del país. Empiezan a declinar las importaciones de alimentos, hay mayor disponibilidad de productos agropecuarios nacionales e incluso se vislumbra la exportación de pequeños excedentes".

Pero, sobre todo, se han roto las barreras tradicionales a la integración de la gran mayoría indígena en la comunidad nacional. Esas barreras eran seculares y la ruptura es muy reciente para apreciar el efecto inmediato, pero es evidente que para el pueblo boliviano hay ahora una esperanza abierta por la revolución, a pesar de todos sus fracasos. Aunque la tasa del analfabetismo no parece haber bajado mucho más de un 10% en el último decenio, los niños bolivianos de hoy tienen tres veces más posibilidades de educarse que hace veinte años.

La división del MNR

El peligro mayor y más inmediato parece apuntar por la ruptura de la unidad del Movimiento Nacionalista Revolucionario a consecuencia de las frustraciones de la revolución y como un efecto más de los vicios seculares de la vida política boliviana.

Por lo demás, el MNR no llevaba un año en el poder cuando ya se hablaba de su inminente división. A la formación del Movimiento habían confluído dos tendencias muy dispares: una extremista y con clara inspiración en el marxismo, cuya fuerza principal estaba en los sindicatos mineros y otra moderada, en la que se alineaban los elementos progresistas de la clase media urbana, entre los que se contaban no pocos católicos. En muchos respectos la vida política boliviana es marcadamente provinciana, con lo que se agigantan las intrigas y querellas personales.

Paz Estenssoro había liquidado rudamente a sus adversarios. Se establecieron por lo menos dos campos de concentración para presos políticos en los campamentos mineros y las cárceles se llenaron también de ellos. No se les ahorró los malos tratos y hasta hubo muchos casos de tortura. La libertad de reunión y la de expresión desaparecieron, sea por intervención directa del gobierno o porque éste dejaba actuar a las milicias.

El gobierno de Siles Suazo significó un evidente aflojamiento de la dictadura inicial. Poco a poco los partidos de oposición comenzaron a reconstituirse y actuar públicamente. Pero, por otro lado, el gobierno, para obtener ayuda externa, debió intentar el establecimiento de un mínimo de orden en las finanzas para frenar la vertiginosa carrera inflacionaria. Esto lo colocó en pugna con los elementos obreros del Movimiento, afectados por la congelación de sus salarios y con ciertas medidas de reorganización que se pusieron en práctica a partir de 1957. El Vice-Presidente, Juan Lechín, se colocó del lado de los obreros y contra la política del gobierno del cual formaba parte. Siles debió amenazar con su renuncia y el país pareció al borde de la anarquía.

Paz Estenssoro debió regresar de Europa en 1959 y actuar con todo su prestigio para restablecer la unidad del Movimiento. Optó a la reelección y, obviamente, triunfó (Junio de 1960). Aunque la oposición boliviana y, en especial, Falange Socialista, pueda obtener votos en las grandes ciudades, desde que otorgó el derecho a sufragio a los analfabetos (una de las primeras medidas de la Revolución) el gobierno dispone de una incontrastable mayoría, gracias a las masas indias campesinas.

Frente a una oposición que crece (en las ciudades), tiende a unirse (sólo contra el gobierno), y pide mayores garantías, la división definitiva del MNR significaría probablemente la guerra civil sangrienta y la implacable dictadura del vencedor. Y el fin de la Revolución.

Cuba, o la revolución traicionada

El caso de la revolución cubana es, por cierto, distinto. Muestra cómo un movimiento desviado y traicionado, que ha llegado a construir un Estado que sus iniciadores no querían, se ha convertido en el último modelo de exportación en América Latina.

Mas, de otro lado, por su misma trayectoria que lo ha llevado a aceptar el papel de peón en el tablero de la guerra fría, el régimen cubano se ha encerrado en un cuadro de limitaciones de orden interno e internacional, que han deformado más y más su sentido revolucionario.

Parece aún demasiado temprano para que pueda desvelarse uno de los más apasionantes misterios políticos del siglo XX: Cómo, por qué y por quiénes fue traicionada la revolución cubana y malograda la más prometedora revolución democrática de América Latina.

Batista

Hacia 1950 la lucha política se libraba en Cuba con extraordinaria violencia. El Dr. Ramón Grau San Martín, que surgiera a la vida pública con una aureola de honradez, terminó desacreditado por la poca que tenían sus colaboradores, cuando fue Presidente entre 1944 y 48. Su sucesor, Carlos Prío Socarruz era de los que compraban palacios, como decía Chibás, y terminó encarnando toda la corrupción de los "auténticos" en el poder.

Para las elecciones generales de Mayo de 1952 se daba por descontado que los "auténticos" serían barridos, aunque había muchos escépticos acerca de las posibilidades que sus reemplazantes fueran, en definitiva, mejores.

Mas, las elecciones nunca se realizaron. En la madrugada del 10 de Marzo, con la complicidad de un grupo de oficiales conjurados, Batista tomó el control de la guarnición de Columbia, en las afueras de La Habana y luego comunicó el hecho a las guarniciones de provincias y, como dijeron los cubanos, "se tomó el país por teléfono". El gobierno cayó sin tener en qué apoyarse y sin poder oponer resistencia.

Batista había emergido a raíz de la caída

del dictador Machado en 1933 hasta ser elegido Presidente en 1940. Se enriqueció como los demás e hizo muy buenas migas con los comunistas, que, en plena guerra con el "naci-facismo" lo apoyaron entusiastamente y recibieron favores.

Los comunistas no tenían mucha fuerza en Cuba, aunque sí figuras de prestigio intelectual. El número de sus miembros podía estimarse en unos 15.000 y a fines de 1958 El Diario de la Marina (de extrema derecha) estimaba su fuerza electoral en 60.000 votos, lo que lo colocaba en el séptimo lugar de un total de nueve partidos, y a mucha distancia de los más poderosos.

Contrastes

El comunismo no podía calzar bien con el carácter cubano y se encontraba con el hecho de que las masas proletarias urbanas tenían un nivel de vida relativamente elevado con respecto al promedio de América Latina.

Por otra parte, la fuente principal de la riqueza cubana, el azúcar, que había estado en su mayor proporción en manos norteamericanas, se había venido cubanizando. Muchos ingenios azucareros habían sido comprados por los cubanos, si bien los de empresas de Estados Unidos —menos numerosos— producían casi tanto como los nacionales.

Si la situación de los trabajadores y la clase media urbana era, incluso, próspera (con relación al nivel medio latinoamericano), los campesinos minifundistas y los 500.000 trabajadores empleados estacionalmente durante los cuatro meses de la zafra azucarera tenían niveles de vida indignos, con ingresos cuatro veces menores que los del resto de los cubanos.

Una cuidadosa encuesta hecha entre 1956 y 57 por la Agrupación Católica Universitaria de Cuba en el medio rural reveló hechos tremendos. Como éstos:

— El 2,12% de los trabajadores campesinos consumían huevos habitualmente: el 4% comía carne, el 3,35% comía pan y el 11,22% bebía leche de manera habitual.

— Como resultado, el campesino tenía

un déficit de 1.000 calorías diarias y su peso era inferior en 16 libras al promedio teórico. El 14% tenía o había padecido tuberculosis.

— El 8% recibía atención médica del Estado y otro 8% de su patrón, sindicato o dispensario privado.

— El 43% de los campesinos no sabía leer ni escribir.

— Sólo el 14,64% de las habitaciones campesinas eran apropiadas para las necesidades de una familia media.

La Sierra Maestra

Cuando se realizaba esta encuesta, Batista llevaba ya dos años como Presidente "Constitucional". Había decretado una amnistía en favor de los presos políticos para dar más apariencias de legalidad a los comicios que lo elegirían. A favor de esa amnistía había salido de la prisión un muchacho medio loco que, el 26 de Julio de 1953, había organizado un ataque contra el cuartel Moncada, en Santiago de Cuba. Libre, Fidel Castro se preocupó de organizar otro ataque contra la dictadura cubana.

En Diciembre de 1956, los doce sobrevivientes de los 82 revolucionarios salidos de México para derrocar a Batista, estaban en la Sierra Maestra. El alzamiento sincronizado con el desembarco había fracasado y no había esperanza de que ese puñado de hombres pudiera derribar a Batista, que podía movilizar contra ellos a 20.000 hombres con artillería tanques y aviones. Sin embargo, dos años más tarde, Batista y sus secuaces tenían que huir del país en lo que encontraban a mano.

Fidel Castro había logrado lo increíble: el poder en sus manos

Obligado a vivir como jefe de fuerzas de ocupación en un país conquistado, Batista se liquidó. Su ejército se vio mucho más minado moral y psicológicamente, que derrotado militarmente. La lucha fue más cruel y decisiva entre el Movimiento 26 de Julio en las ciudades y el gobierno, que en la Sierra Maestra. La versión oficial fidelista fue, después, de 20.000 muertos en aquel frente y sólo 1.000 en las guerrillas

Fue una lucha mucho más sostenida y violenta que otras que también llevaron al derrocamiento de dictaduras similares a la de Batista en otros países de América Latina, incluso en la misma Cuba, como había sido en el caso de Machado. El objetivo era el restablecimiento de las libertades democráticas y el término de la vieja corrupción polí-

tica y administrativa que, bajo Batista y con el aumento del turismo, había comenzado a extenderse a otros órdenes de la vida en La Habana. Al mismo tiempo había consenso en la necesidad de reformar a fondo las estructuras sociales y económicas que hacían posible que cada cierto tiempo surgieran en el país semejantes dictaduras. La revolución, organizada principalmente en torno al Movimiento 26 de Julio, tenía así un contenido democrático, moralizador y reformista social. Conforme también con el esquema clásico latinoamericano sus militantes eran, sobre todo, estudiantes, profesionales y juventud de clase media más algunos elementos obreros.

Sería innecesario repetir las citas de reiteradas y solemnes declaraciones de Fidel Castro en el sentido de que el gobierno que reemplazaría a Batista sería respetuoso de las libertades democráticas y de los derechos de la persona humana y constituido conforme a elecciones libres que se celebrarían a la brevedad posible. Estas seguridades fueron reiteradas durante los meses que siguieron inmediatamente al triunfo de la revolución.

En el momento de la victoria, Fidel Castro se encontró en una situación excepcional, sólo la de Paz Estenssoro en Bolivia, siete años antes, se le podría comparar. Era un héroe popular, aureolado por la gloria de su increíble lucha en la Sierra; el ejército y la policía de Batista, odiados por sus crueldades de la represión, había sido desbandado y muchos de sus oficiales estaban presos. Salvo la de Bolivia, ninguna otra revolución antidictatorial triunfante se había encontrado con un ejército destruido o fácilmente destruible. Los partidos políticos estaban desprestigiados por su corrupción, su ineficacia frente a Batista o su complicidad con él. Nadie podría oponerse a que la máquina administrativa de la dictadura fuese desmontada y disueltos el Congreso y autoridades municipales que Batista había hecho elegir.

Fidel Castro se hallaba así ante una especie de tabla rasa ideal, con vagos compromisos y un poder enorme, en situación de girar casi ilimitadamente contra la confianza y esperanzas que la inmensa mayoría del pueblo cubano depositaba en él.

Definición progresiva

La revolución no tenía propiamente un programa y el Movimiento 26 de Julio estaba muy lejos de ser un partido político con doctrina, planes y organización. Era un movimiento "humanista" y Castro se definió así —o, más bien, no se definió— durante los primeros meses de su gobierno, cuando aún

había polémica entre el "26 de Julio" y los comunistas.

Pero Castro se preocupó de que no se llevara adelante la formación de un partido político sobre la base del "26 de Julio", al mismo tiempo que se eludía todo anuncio concreto sobre elecciones mientras no se consolidara la Revolución y no se crearan las condiciones para que hubiera elecciones verdaderamente "libres".

De la fase "humanista" se pasó a otra en que la Revolución puramente "cubana" no se atenía a doctrinas sino a "realidades" y se colocaba fuera o por encima de la oposición capitalismo-comunismo. A esta fase siguió una tercera cuando Castro proclamó que ser anticomunista era ser contrarrevolucionario. La detención del comandante Hubert Matos y decenas de oficiales del ejército revolucionario anunció resonantemente esta fase (Octubre de 1959). Habiendo permitido ya el acceso de comunistas o filo-comunistas a puestos claves, Castro eliminaba a figuras prestigiosas como Matos, que estaba contra toda desviación del nuevo régimen y cuyo espíritu revolucionario era insospechable por su conocida participación en las luchas de la Sierra. Días después de la liquidación de Matos, el "Che" Guevara se convirtió en el incipiente dictador de la economía cubana y salieron del gobierno hombres como el Ing. Manuel Ray Riveyro, Faustino Pérez y Felipe Pazos. Este cambio anunciaba una inminente radicalización en las medidas de nacionalización y estatización de la economía, con las inevitables repercusiones no sólo en la política interna sino también en la internacional.

La definición se produjo progresivamente en el curso de 1960 y comenzó con un primer tratado comercial cubano-soviético que el propio Mikoyan fue a firmar a La Habana en Febrero de 1960. Por cinco años Cuba vendería un millón de toneladas de azúcar anuales a la URSS, que las pagaría principalmente con maquinarias y productos. Poco después la voladura del carguero "La Coubre" en La Habana dio pie a Fidel Castro para violentos ataques contra Estados Unidos. Ya estaba en marcha una solapada, pero perceptible política para terminar de tomar el control de todos los medios de información y expresión, de la educación, las organizaciones de trabajadores y de la economía privada. Se iba, evidentemente, hacia un Estado totalitario. Hacia mediados de año, muchos excompañeros de Castro, dirigentes en la lucha contra Batista, habían pasado a actuar en la clandestinidad o emigrado a Florida, adonde habían llegado primero los batistianos y luego los representantes del anticastro de derecha.

Entre Estados Unidos y Rusia

Como represalia a los ataques de Castro y a la confiscación de bienes de empresas norteamericanas evaluados en unos 320 millones de dólares, Estados Unidos suspendió la importación de 700 000 toneladas de azúcar que Cuba no había colocado aún en su cuota en el mercado norteamericano, a precio preferencial. Esta medida no iba a constituir un golpe económico capaz de derribar a Castro, y, en cambio, sirvió para afirmarlo ante su pueblo y buena parte de la opinión latinoamericana como el campeón de la independencia frente a la presión norteamericana.

Fue también en Julio de 1960 que Khrushchev colocó a Cuba bajo la protección de sus cohetes intercontinentales y que comenzaron a llegar las primeras armas para las milicias en rápido crecimiento. Ese mismo mes, el "Che" Guevara afirmó que la Revolución era "marxista" y, por otro lado, surgieron los primeros choques con la Iglesia Católica.

En Octubre, Eisenhower decretó el embargo de las exportaciones a Cuba, salvo medicamentos y algunos productos alimenticios. Esto significaba que el comercio con Estados Unidos, que representaba entre el 70 y el 80% del comercio internacional de Cuba, quedaba reducido a su décima parte. Lo hubiera buscado o no Fidel Castro, su país quedaba colocado dentro del área comercial soviética.

Pocos meses antes, en Agosto, se habían reunido en San José de Costa Rica los cancilleres de la O.E.A. que, sin nombrar a Cuba, condenaron la intervención chino-soviética en los asuntos del Hemisferio, declararon al sistema interamericano incompatible con toda forma de totalitarismo y recordaron a Fidel Castro el compromiso contraído con la firma de la Declaración de Santiago de Chile, en la que se reafirmaba el principio de la democracia representativa.

El canciller cubano se retiró espectacularmente de la Reunión, ante la cual había repetido lo que Fidel dijera desde La Habana a los cancilleres: "Rusia y China comunista han demostrado ser nuestros amigos. Ellos no llegan a hablarnos en la lengua insolente de los procónsules acostumbrados a dictar órdenes. Somos amigos de quienes son nuestros amigos. Estados Unidos nos ataca y quiere destruirnos".

En Abril de 1961 se produjo la invasión de Bahía Cochinos, organizada por la CIA, y entonces la ruptura de relaciones diplomáticas y consulares entre Cuba y EE.UU. decretada por Eisenhower y provocada por Castro se convirtió en hecho irreversible.

Pero, horas antes, Fidel Castro había declarado oficialmente que la revolución cubana era "socialista". Este vago calificativo se precisó inequívocamente, pero de modo progresivo a lo largo de 1961. En Mayo comenzó la fusión del Movimiento 26 de Julio, privado ya de toda sustancia, con el Partido Socialista Popular (comunista) y con el Directorio Revolucionario (que fuera rival del 26 de Julio en la lucha contra Batista). Así nacieron las Organizaciones Revolucionarias Integradas (ORI), concebidas como etapa preparatoria de la constitución del Partido Unido de la Revolución Socialista (PURS). Fidel Castro asumió, naturalmente, su jefatura y, en Diciembre de 1961, se declaró "marxista-leninista", dispuesto a serlo todos los días de su vida y a llevar a Cuba por ese camino.

El 9 de Marzo de 1962 se constituyó el directorio de la ORI, compuesto de 25 miembros, de los cuales Raúl Castro y el "Che" Guevara son, en ese orden, los que siguen a Fidel. Pero, 17 días más tarde, éste denunció a Aníbal Escalante, comunista de la vieja guardia cubana, por su "sectarismo", y los jefes del fusionado PSP tuvieron que ceder y evacuar a Escalante a Praga, reconociendo, además, públicamente, que Fidel tenía razón.

Es cierto que, entre tanto, Fidel había tenido que oficializar la escasez de alimentos estableciendo el racionamiento, por lo que podría creerse que se trataba de convertir a Escalante en una especie de chivo emisario o de emplearlo en una maniobra de diversión psicológica. Pero todo indica que la purga de Escalante fue una prueba de fuerza entre Fidel Castro y los comunistas y una muestra más de un hecho básico: que el jefe de la Revolución cubana no es, no ha sido, ni, probablemente, será comunista.

Esto no quita que actualmente Cuba sea un peón utilizado por Rusia en la guerra fría y que Fidel Castro haya aceptado ese papel. Más, por otro lado, significa que la posición de la república marxista-leninista de Cuba no es exactamente la de uno de los países de la Cortina de Hierro.

Existe, desde luego, el factor geográfico. No es lo mismo estar junto a las fronteras rusas que a 90 millas de Estados Unidos y eso Khrushchev y Castro lo saben muy bien especialmente, después de la crisis de Octubre de 1962. Pero, sobre todo, se trata de que Fidel Castro y los comunistas cubanos se encuentran caminando juntos, porque se necesitan mutuamente, y seguirán hasta el punto en que uno de los dos estime necesario separarse del otro.

La estrategia comunista

Los comunistas han aplicado en Cuba, con éxito completo hasta ahora, una estrategia que es la única que podría llevarlos al poder en América Latina y, prácticamente,

en cualquier país de este continente, donde un accidente más o menos provocado podría conducir a la creación de condiciones semejantes a las que permitieron el surgimiento de Castro en Cuba, donde el terreno para el comunismo parecía mucho más difícil que en Guatemala o Colombia.

Esa estrategia es la de la revolución en dos etapas. En la primera, los comunistas deben apoyar, abierta o encubiertamente, según el caso, a un movimiento de liberación nacional, e infiltrarse en él. En la segunda etapa, deben tomar el control de ese movimiento triunfante.

Un norteamericano que es el que mejor parece haber comprendido los sucesos de Cuba escribe:

"Esa estrategia debe su éxito a una sutil apreciación de los movimientos revolucionarios nacionales. Estos movimientos están mucho más capacitados que los comunistas para realizar la unidad nacional contra el enemigo común. Pero es este enemigo común y no un programa social y político lo que constituye su razón de existir. Como consecuencia de ello resultan mucho más estimulantes y eficaces antes de tomar el poder que después. El llenar el vacío político y social que se produce inmediatamente después de la revolución brinda a los comunistas mayores oportunidades que las que tenían durante la revolución. Los líderes nacionales suelen ser, sobre todo, hombres cuyo poder magnético sobre las masas se combina con una proporción mayor o menor de confusión intelectual, temperamento aventurero y egolatría insaciable. Su punto fuerte los convierte en indispensables y sus puntos flacos, en vulnerables para los comunistas. Sirven a éstos sólo a condición de que parezca que son los comunistas los que les sirven a ellos. No tuvieron ninguna escuela política como el Komintern y representan una variante mucho más alejada del prototipo soviético que la de Tito o la de Mao.

"Esta variante ha ido mucho más lejos en Cuba que en ninguna otra parte, aunque el proceso aún no ha terminado".

Sería un error creer que la conducta de Castro estuvo determinada por la política norteamericana con respecto a Cuba antes y, sobre todo, después de la Revolución. Pero mucho más grave fue el error de los que, apenas corridos unos meses de 1959, dieron por sentado que Castro era comunista y debía ser combatido o mirado con insuperable desconfianza.

Cuando Castro dice que va a convertir a los Andes en una inmensa Sierra Maestra no dice una fanfarronada más. No es que "él" lo vaya a hacer sino en condiciones similares algunos de los innumerables Fidel Castro que son, ahora, tan desconocidos como él lo era unos pocos años antes de convertirse en una figura de importancia mundial.